

HENRY DAVID THOREAU

DESOBEDIENCIA

CIVIL

Traducción de SEBASTIÁN PILOVSKY



COLECCIÓN
DINAMITA

Título original: *Civil Disobedience*

D.R. © Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V., 2012
Progreso 207-201, Col. Escandón
México D.F., 11800
<http://www.tumbonaediciones.com>
Twitter: @tumbonalibros

Hostería La Bota
San Jerónimo 40, Centro Histórico, ciudad de México

ISBN: 978-607-7534-37-2

Impreso en México.
Printed in Mexico.

D.R. © Traducción e introducción de Sebastián Pilovsky, 2012
D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

Impreso por Grafic Gold, S.A. de C.V.

Este libro *sí* puede ser reproducido total o parcialmente, por cualquier medio o método, siempre y cuando sea con fines no comerciales, se reconozca la autoría del traductor y se respeten sus derechos morales.



Acepto de todo corazón la máxima: “El mejor gobierno es el que menos gobierna”¹ y me gustaría verla aplicada de una manera más rápida y sistemática. Llevada hasta sus últimas consecuencias conduciría a esta otra, en la que también creo: “El mejor gobierno es el que no tiene que gobernar en absoluto.” Cuando los hombres estén preparados para ello, este será el tipo de gobierno que tendrán. Un gobierno no es, en el mejor de los casos, más que un vehículo; pero la mayoría de los gobiernos se convierten con frecuencia en un inconveniente y todos han resultado serlo en algún momento. Las objeciones que se han planteado a la idea de un ejército permanente —que son varias y de peso, y merecen prevalecer— podrían también dirigirse contra la idea de un gobierno establecido. El ejército permanente es tan sólo un brazo de ese gobierno. El propio gobierno —que no es más que el medio que el pueblo ha elegido para ejercer su voluntad— está sujeto igualmente al abuso y a la perversión antes de que el pueblo tenga ocasión de intervenir a través suyo. Basta

¹ Con una ligera variación este era el lema de la revista *United States Magazine and Democratic Review* (1837-1859). La frase también figura en el ensayo de su amigo y mentor, Ralph Waldo Emerson, “*Politics*” (1844). [Todas las notas son del traductor.]

vivir en paz y, como ya hemos dicho, mientras más útil sea ese vehículo, menos interfiere en la vida de los gobernados. Si no fuera porque el comercio y los negocios parecen estar hechos de goma, nunca conseguirían saltar los obstáculos que los legisladores les imponen sin cesar; y si tuviéramos que juzgar a estos hombres únicamente por las consecuencias de sus actos, y no en parte por sus intenciones, esos legisladores merecerían un castigo y un trato análogo al que reciben esos delincuentes que obstruyen las vías del ferrocarril.

Pero, para hablar con sentido práctico y como ciudadano, a diferencia de aquellos que se autodenominan “hombres sin gobierno”,³ lo que propongo no es que desaparezca el gobierno inmediatamente, sino que se establezca un mejor gobierno de inmediato. Dejemos que cada hombre declare qué tipo de gobierno sería merecedor de su respeto, y así se daría un primer paso en su consecución.

Después de todo, la verdadera razón de que, cuando el poder está en manos del pueblo, se permita a la mayoría gobernar y seguir en el poder durante un largo período de tiempo, no es porque sea más probable que ella posea la verdad ni porque la minoría lo considere un sistema más justo, sino porque la mayoría es físicamente más fuerte. Pero un gobierno en el que la mayoría decide sobre todas las cuestiones no puede estar basado en la justicia, al menos no como la entienden los hombres. ¿No podría haber un gobierno en el que no

³ Se refiere seguramente al grupo de pacifistas radicales inspirados en la Sociedad de No-Resistencia de Nueva Inglaterra, fundada por William Lloyd Garrison en 1838, muchos de los cuales eran oriundos de Massachusetts. Los no-resistentes abrazaban posturas anarquistas como la abolición del ejército, la policía y el sistema penitenciario.

fuese la mayoría la que decidiera lo que está bien o mal, sino la conciencia? ¿Un gobierno en que la mayoría sólo decidiera en aquellas cuestiones en que sea aplicable la norma de conveniencia? ¿Debe el ciudadano someter su conciencia, aunque sea por un solo instante y en mínima medida, al legislador? ¿Por qué, entonces, todos los hombres tienen conciencia? Creo que deberíamos ser hombres primero y después súbditos. Lo deseable no es que se cultive el respeto a la ley, sino a la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo. Se ha dicho, y con mucha razón, que una corporación no tiene conciencia; pero una corporación formada por hombres que sí la tienen es una corporación con conciencia. La ley no ha hecho nunca a los hombres ni una pizca más justos, y a causa del respeto que les infunde, aun los hombres mejor dispuestos se convierten a diario en agentes de la injusticia. Una consecuencia natural y muy común del respeto excesivo a la ley es que podamos ver una fila de soldados —coronel, capitán, cabo, soldados rasos, artilleros, etc.—, todos marchando en un orden admirable por colinas y valles hacia la guerra en contra de su voluntad. ¡Si!, en contra de su conciencia y su sentido común, lo que hace que cada paso de la marcha sea más arduo y se les sobrecoja el corazón. No dudan de que están metidos en una empresa condenable; todos ellos son partidarios de la paz. Pero entonces, ¿qué son?, ¿realmente hombres? ¿O son polvorines móviles y fuertes en miniatura al servicio de algún mando militar sin escrúpulos? Visiten un arsenal y contemplen a un infante de marina; eso es lo que puede hacer de un hombre el gobierno estadounidense, en eso consiguió transformarlo con sus negras artes: en una mera sombra y remedo de humani-

resistencia las más de las veces, por lo cual se les suele dar un trato de enemigos. Un hombre cabal sólo será útil como hombre y no se resignará a ser “arcilla” ni a “tapar un agujero para detener el viento”,⁵ sino que, cuando mucho, dejará esa tarea a sus cenizas:

Soy de muy alta estirpe para ser dominado,
para ser en el mando un subalterno,
un útil servidor o un instrumento
de ningún Estado soberano del mundo.⁶

Al que se entrega por entero a su prójimo se le toma por un inútil y un egoísta; pero al que se entrega sólo parcialmente se le considera un benefactor y un filántropo.

¿Cómo conviene que se comporte hoy un hombre respecto de este gobierno estadounidense? Yo respondo que no puede asociarse a él sin perder su dignidad. No puedo reconocer ni por un instante como mi gobierno a esa organización política que es al mismo tiempo el gobierno de los esclavos.

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución,⁷ es decir, el derecho a resistirse al gobierno y negarle lealtad cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesurados e insostenibles. Pero casi todos consideran que la situación actual no es de ese tipo. En cambio sí fue el caso —aseguran— en la época de la revolución de 1775. Si alguien me dijera que aquél fue un mal gobierno porque gravó ciertos artículos importados que llegaban a sus puertos, lo más probable es que

⁵ Shakespeare, *Hamlet*, acto V, escena I, versos 236-237.

⁶ Shakespeare, *El rey Juan*, acto V, escena II, versos 79-82.

⁷ Uno de los principios fundamentales enunciados por Thomas Paine.

no me lo tomara muy a pecho, puesto que puedo vivir muy bien sin ellos. Toda máquina genera sus fricciones, pero lo más seguro es que el bien que produce contrarreste sus posibles males. En todo caso, sería un gran error armar un gran revuelo para evitarlo. Pero cuando resulta que las fricciones se apoderan de la máquina, y la opresión y el robo están organizados, yo digo: “Deshagámonos de esa máquina.” En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad está bajo el yugo de la esclavitud, y cuando toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y se subleven. Lo que hace más urgente este deber es que el país así ultrajado no es el nuestro, sino que es nuestro propio ejército el invasor.

Paley, autoridad reconocida en temas morales, en un capítulo sobre el “Deber de sumisión al gobierno civil”,⁸ reduce todas las obligaciones civiles a la conveniencia, y prosigue diciendo que: “Mientras lo exija el interés de la sociedad entera, es decir, mientras la institución del gobierno no pueda rechazarse o sustituirse sin perjuicio público, es voluntad de Dios que se obedezca a ese gobierno, pero no más allá... Si se acepta este principio, la justicia de cada caso particular de resistencia dependerá de valorar, por un lado, la proporción del peligro y el daño y, por el otro, la posibilidad y coste de repararlo.” A continuación nos dice que cada hombre debe juzgar esto por sí mismo. Pero parece que Paley no ha con-

⁸ William Paley (1743-1805), filósofo y teólogo inglés. La obra referida es *Principios de moral y filosofía política*.

templado aquellos casos en que la regla de la conveniencia no se aplica, por ejemplo cuando un pueblo —o un solo individuo— deben obrar con justicia a cualquier precio. Si le he arrebatado injustamente la tabla a un hombre que se ahoga, debo devolvérsela aunque me ahogue yo. Esta conducta, según Paley, no sería conveniente. Pero aquel que salve así su vida, la perderá.⁹ Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra México aunque esa decisión le cueste su existencia como pueblo.

En la práctica, muchas naciones siguen las máximas de Paley; pero ¿hay acaso alguien que crea que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

Una mujerzuela, una cerda vestida de plateado
que hace que le carguen la cola mientras su alma se
[arrastra por el polvo.¹⁰

En concreto, los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que sienten mayor interés por el comercio o la agricultura que por el género humano, y que no están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México a ningún precio. Mi querella no es contra enemigos lejanos, sino contra los que, cerca de casa, cooperan con los que están lejos y obedecen sus órdenes, y sin los cuales aquéllos serían inofensivos.¹¹ Solemos decir que las masas no están prepara-

⁹ Evangelio según san Mateo, 10:39.

¹⁰ Cyril Tourneur, *The Revenger's Tragedy* (1607).

¹¹ Sin embargo, si atendemos a la cronología, la acción de desobediencia de Thoreau precedió en varios años a la guerra con México: a partir de 1842

la esclavitud en América. Lo que importa no es qué tan pequeño sea el comienzo; lo que se hace bien una vez, se hace para siempre. Pero no; en su lugar, preferimos hablar de ello: insistimos en que esa es nuestra misión. La reforma cuenta con docenas de periódicos a su favor, pero no cuenta con un solo hombre.

Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que va a dedicar sus empeños a solucionar la cuestión de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de sentirse amenazado por las prisiones de Carolina, se sentara como prisionero en una cárcel de Massachusetts, ese Estado que se muestra tan ansioso por endilgar el pecado de la esclavitud a su hermano (aunque hasta ahora sólo haya aducido cierta falta de hospitalidad como fundamento para querellarse contra él), estoy seguro de que la Legislatura no desestimaría el tema por completo el invierno que viene.

Bajo un gobierno que encarcela injustamente, el verdadero lugar para un hombre justo es también la prisión. El lugar apropiado hoy, el único que Massachusetts ofrece a sus espíritus más libres y menos sumisos, son sus prisiones.¹⁶ Se les encarcela y aparta del Estado por acción de éste, del mismo modo que ellos ya lo habían hecho guiados por sus principios. Ahí es donde lo deben encontrar el esclavo negro fugitivo y el prisionero mexicano en libertad bajo palabra y

¹⁶ Según ciertos historiadores, Emerson habría visitado a Thoreau en la cárcel, sosteniendo el siguiente diálogo —que no sólo retrata de cuerpo entero a los personajes, sino que muestra la tensión que había crecido entre ellos, en particular con respecto a la acción directa—: “Henry, ¿se puede saber qué haces allí?” A lo que Thoreau habría replicado: “Waldo, la pregunta es más bien ¿qué haces tú allá afuera?”

el indio que viene a interceder por las faltas imputadas a su raza. Es allí, en ese lugar aislado, pero más libre y honorable, donde el Estado sitúa a los que no están con él, sino contra él: es la única casa, en un Estado con esclavos, que el hombre libre puede habitar con honor. Si alguien sospecha que su influencia se perdería allí, que su voz dejaría de importunar el oído del Estado, y que ya no sería propiamente su enemigo detrás de esas paredes, no sabe cuánto más fuerte es la verdad que el error, cuánto más elocuente y eficaz puede ser combatir la injusticia cuando se ha sufrido en carne propia. Deposita tu voto completo, no sólo una papeleta, sino toda tu influencia. Una minoría es del todo impotente —ni siquiera cabe considerarla una minoría— mientras se avenga a la voluntad de la mayoría. Por el contrario, cuando se opone con toda su fuerza, es imparable. Si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará en elegir. Si este año mil ciudadanos dejaran de pagar sus impuestos, esa medida no sería ni violenta ni cruel, como sí lo sería que los paguen, ya que de este modo dan su consentimiento para que el Estado cometa actos de violencia y derrame sangre inocente. Esta es, de hecho, la definición de una revolución pacífica —si es que tal cosa es posible.¹⁷ En caso de que, como ya ha sucedido, el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario me pregunte:

¹⁷ A pesar de que, a partir de frases como ésta, se suele interpretar que la desobediencia civil está comprometida con acciones no violentas (y de hecho así es como la entendieron en primer lugar Gandhi y Luther King Jr.), en otros escritos políticos (por ejemplo en “Una defensa del capitán John Brown”) Thoreau afirma que hay circunstancias que quizá ameriten el uso de la violencia y aun el derramamiento de sangre.

Quienes no conocen otra fuente de verdad más pura, aquellos que no han seguido su curso y se han remontado a sus orígenes, están, y con toda justeza, del lado de la Biblia y la Constitución, y abreven de ellas con reverencia y humildad. Pero aquellos que ven más allá y quieren saber de dónde es que la verdad gotea hacia este lago o aquel estanque se ajustan nuevamente el cinturón y continúan su peregrinaje en busca del manantial.

No ha habido en Estados Unidos ni un solo hombre con genio para legislar. Son más bien raros en la historia del mundo. Hay miles de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero hasta ahora no ha abierto la boca el orador capaz de poner sobre la mesa los problemas más acuciantes del presente. Nos encanta la elocuencia por sí misma, no por la verdad que contenga ni porque inspire cierto heroísmo. Nuestros legisladores no han aprendido aún el valor relativo que encierran, para una nación, el libre comercio y la libertad, la unión y la rectitud. Carecen de genio o de talento para cuestiones en comparación mucho más sencillas, como los impuestos o las finanzas, el comercio, la industria o la agricultura. Si nos dejáramos guiar exclusivamente por la ingeniosa labia de los legisladores del Congreso, sin el contrapeso de la oportuna experiencia del pueblo y sus reclamos, Estados Unidos no tardaría en perder su rango entre las naciones. Aunque tal vez no debería hacer mención de ello, el Nuevo Testamento se escribió hace mil ochocientos años; yo me pregunto, ¿dónde está el legislador con sabiduría y talento suficiente para aprovechar la luz que irradia sobre la ciencia de la legislación?

La autoridad del gobierno, aun aquella a la que estoy dispuesto a someterme —porque gustosamente obedeceré a

quienes saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y aun en ciertos casos, hasta a aquellos que ni saben ni pueden— es todavía una autoridad muy impura. Para ser estrictamente justa, ha de contar con la aprobación y consentimiento de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedad que el que yo mismo le conceda. El paso de una monarquía absoluta a una limitada, y de esta última a una democracia, es un progreso hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficientemente sabio como para entender que el individuo era la base del imperio. ¿Es la democracia, tal como la conocemos, el último logro asequible en materia de gobierno? ¿No podemos dar un paso más a fin de reconocer y organizar los derechos del hombre? Ningún Estado podrá jamás ser realmente libre e ilustrado sino hasta que reconozca al individuo como un poder superior e independiente, del que se deriva su propio poder y autoridad, y lo trate en consecuencia. Me complace imaginar un Estado que por fin sea capaz de ser justo con todos los hombres y trate a cada individuo con el debido respeto que merecen los vecinos; más aún, que no juzgue inadecuado para su propia estabilidad que haya unas cuantas personas que vivan al margen, sin interferir pero tampoco sin acogerse a él, cumpliendo tan sólo con sus deberes de vecino y compañero. Un Estado que produjera este fruto y lo entregara tan pronto estuviera maduro, prepararía el camino para otro Estado más perfecto y glorioso aún, que yo he soñado también, pero que todavía no he atisbado por ninguna parte.